

Discurso de agradecimiento de Constantino Bértolo

IX PREMIO PERIODÍSTICO DE LECTURA DE LA FUNDACIÓN GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ

Gracias ante todo a Pepe Martín porque con su voz y talento dramático ha llenado de calor las palabras del texto. Y gracias a Germán Sánchez Ruiperez que a través de la Fundación que lleva su nombre sigue empeñado, después de su larga singladura de editor, en que la lectura forme parte del pan nuestro de cada día. Tuve en efecto la suerte de poder colaborar en los inicios de aquella colección, Tus Libros, que bajo la dirección de Pepe Cubero y Emilio Pascual sigue siendo un referente para la edición de textos encaminados hacia la lectura para jóvenes lectores. Gracias también al jurado que generosamente concedió este premio a aquel artículo que, en su día, me encargó el diario Público. Mis gracias también a Nacho Escolar.

No acaba aquí el espacio de los necesarios agradecimientos porque como bien habrán observado o escuchado en *Razones para la lectura* se cruzan y entrecruzan muy distintas voces y ecos autoriales. Momento por tanto de agradecer su colaboración desinteresada a Paul Verlaine, Luis Cernuda, Vladimir Holan, Uxio Novoneira, Pablo Neruda, Jorge Manrique, Pere Gimferrer, Francisco de Quevedo, Carmen Martín Gaité, Alejandro Gándara, Jorge Luis Borges, Armando López Salinas y, finalmente, aunque no por último, Vladimir Ulianov Lenin. Creo que en la aportación de todos ellos reside gran parte del mérito que el artículo pueda contener. Entiendo que mi papel se limitó a construir una entretela, un espacio, una letanía quizá, en las que sus palabras adquiriesen el relieve adecuado para esa celebración de la lectura que traté de llevar a cabo. Su colaboración fue tan importante para la elaboración del texto que he de confesar que en algún momento yo mismo dudé sobre a quién habría que considerar como su verdadero autor. Fue entonces cuando la sombra alargada de Carlos Marx vino en mi ayuda y me dijo: “No le des más vueltas Constantino, no te hagas el inocente: el autor es el que se lleva el cheque”. Es lo bueno que, entre otras cosas, tiene el marxismo: siempre aclara quien es el responsable, o, el irresponsable.

Celebración de la lectura como acto colectivo, como acto en común, sin separación ni frontera posible entre lo individual y lo colectivo, entre lo íntimo y lo social. Acto que no hunde sus raíces en ninguna misteriosa transustanciación estética sino en la admiración como concepto que gusto reivindicar por ser expresión clara de aquella virtud o potencia, presente en la condición de lo humano, capaz de sacarnos de nuestro propio y mezquino egoísmo narcisista al permitirnos reconocer con gozo y asombro en los otros la valía, estatura y aportación de sus trabajos: un libro, una historia, un canto, una mesa, una hoz, un algoritmo, un martillo, una lámpara. La admiración como prueba de que los otros no siempre son el infierno o el purgatorio, ni estamos condenados a la adoración de dioses que no pisen el mismo barro carnal y frágil que nos hace y nos deshace.

La lectura como celebración colectiva y la literatura como ese lugar en el que cada sociedad respira semánticamente y narra y nombra sus miedos, sus deseos, sus fantasmas, sus fantasías, sus problemas, sus obstáculos, sus miserias. Su horizonte de expectativas. Entiendo la literatura como una situación verbal que implica violencia pues “calla y escúchame” es en definitiva lo que todo texto nos propone. Y esa violencia, leída como rito estético o como intercambio comercial, es la raíz constituyente de todo texto que se hace público. Por eso considero que en el acto de leer se establece y produce un pacto de responsabilidades: la responsabilidad del que escribe, pues no debe o debería usar en vano las palabras de la tribu, y la responsabilidad del que lee que debe, o debería, mientras lo hace, juzgar el buen uso o el abuso que se haya cometido con ellas.

De responsabilidad hablo ahora. De esa responsabilidad del que escribe y sobre todo de la responsabilidad del que lee. En el artículo que hoy se premia apenas se insinúa este encuadre pero si no entrase en él creo sinceramente que las razones para la lectura se quedarían cortas. Cortas y cojas. Acaso gentiles, pero cojas.

Si la escritura nace como salvaguarda y herencia de lo memorable, la lectura es la puesta al día de esa herencia y de ese patrimonio. Siglos y esfuerzos y luchas ha costado que ese patrimonio esté al alcance de la mayoría de la ciudadanos y ciudadanos. Y cada generación está obligada a responder de esa herencia. Porque la literatura nos interpela y espera de nosotros una respuesta. Y responsabilidad *corresponde*

precisamente a aquel que ha de responder: al lector en tanto responsable de la memoria del pasado y de la memoria del presente.

Abrir un libro es abrir la puerta de nuestra casa para dejar pasar a alguien, generalmente desconocido, que nos viene a contar una historia. Hay quien dice que es bueno tener siempre la puerta abierta para todos porque no hay libro malo. Yo sinceramente creo que esa es una actitud irresponsable. No tanto por miedo a que se nos cuelen ladrones sino libros charlatanes. Hay libros que nos venden crecepelos y libros que nos prometen duros a cuatro pesetas. También en la literatura existen vendedores de fondos de inversión que prometen altas rentabilidades y halagan nuestra avaricia. No estoy pidiendo que pongamos verjas y aduanas en nuestras puertas pero acaso sea conveniente no ser, como lectores, ni tan tontos ni tan calvos. Acaso sea prudente recordar que somos responsables de las palabras que leemos y escuchamos. Muchas gracias.

Constantino Bértolo